Publicación literaria gratuita 06/04/2017 #7
Miércoles 15 de CLINAMEN, año 144

El Pobrecito Hablador

ESPEJOS DE HIELO

La cristalización en espejos de hielo es otra forma de idealización romántica, otra de estas alquimias ontológicas por medio de la cual un individuo siente una transfiguración a causa de otro, de manera que éste deja de ser, en un sentido esencial, para ser otra cosa cualitativamente distinta, suponiendo esto un cambio radical de todo lo que de éste con anterioridad podía predicarse.

Se congela el individuo víctima de este hechizo helado en un reflejo, el cual aprisiona algunas características de su modo de ser en el mundo, aquellas que el portador del espejo considera oportunas, anulando todas aquellas que no coinciden con aquello que de él quiere que se refleje, transfigurando al otro, que deja de ser *uno otro* ahora, no siendo ya alteridad, y pasa a ser *otro uno* idéntico; perdiendo su posición como individuo dentro de la historia, congelándose todo aquello que tras de sí significaba su paso por el mundo y sustituyéndose sus huellas por pequeñas marcas en la nieve pronto borradas por los vientos del invierno.

El individuo cristalizado deja de hacerse cargo de su condición como individuo que asume el peso de su



libertad, pues aquella historia que una vez empezó, así como toda aquella con la que por ser libre ha de cargar, se queda tras los límites del cristal. Es puesto entre paréntesis, primero para con el mundo, e inmediatamente después para consigo, eliminándose de él toda posibilidad de kinesis, pues es forzado al reposo más frío, a la parálisis.

No sé bien si por suerte o por desgracia, el espejo tiende siempre a romperse. No hay un ser tal capaz de detener aquello que de eterno se manifiesta en lo contingente del mundo; el reposo que se actualiza siempre para que continúe el eterno ciclo del movimiento, el cual ha de

culminar con la muerte del individuo finito al que atraviesa lo eterno con su fuerza de potencialidad.

Habría el mago de detener primero el movimiento eterno y uniforme de los astros por medio de una aurora, y el ciclo de las mareas con ventiscas y heladas. Portar un cristal capaz de reflejarlo todo en su conjunto, y a la vez, para que el hielo permaneciera duro y frío, siempre brillante y sin muescas.

Como decimos, no hay helada capaz de frenar la historia entera, solo puede el sujeto de la metamorfosis detener aquello que de él quiere que se refleje en un cristal, unos pocos instantes.

Parar el tiempo lo suficiente como para verse, y como Narciso, en ese preciso instante, amarse, inmune a los ecos de lo otro no congelado, que callan ante el frío que causa el cruce de miradas de los dos uno que se encuentran en ese instante de cero absoluto, y después, verse subsumido por sí mismo, tragado por ese amor que tiende al todo, y que se revela en la realidad como una nada, reventando el espejo de cristal, y aún conservándose el rostro entre los pedazos; arrodillado el mago Narciso entre los cristales de sí mismo, tratando de montarlos uno a uno y reconstruirse en un rompecabezas en el que cada pieza corta más que la anterior.

El alquimista se rodea de los pedazos de hielo en los que se conservan pequeñas fracciones de su rostro quebrado. Solo puede percibirse en pequeñas fracciones de sí mismo, a las cuales llega de manera arbitraria y desordenada, sabiéndose entero, pero incapaz de advertirse nunca como tal, rodeado de una cantidad de cristales que es tal que sirven de límite para con cualquier otredad; solo pudiendo mirar fuera de ese espacio de frío y nada a través de lo que de ésta se refleje en uno de estos pedacitos del espejo, actuando siempre su rostro quebrado como filtro; indiferente ya a todo eco de realidad, el cual ya puede chillarle, como Eco le chillaba a Narciso, que ningún efecto tendrá en el malvado brujo que quiso verse a costa de otro, y que como al mismo Narciso no le esperará otro final distinto del de una muerte en la cual la temperatura de su cuerpo vaya descendiendo a la par que éste se va ahogando, en las frías aguas de un lago que no es sino aquello que de él mismo se ha formado a modo de burbuja de nada que quería serlo todo.

Abel Pérez



Heinrich Kley (1863-1945)

FRESHKYGEL

El *as* (la nave) se deslizaba desde ninguna parte, entre riscos de hormigón y fragmentos picudos de viento de vidrio espiral. La tripulación era un número paritario de hombres y mujeres, que aupados por el anuncio de la búsqueda del tesoro, se hacían notar en un murmullo bien afinado a favor del Capitán.

Éste dio su mensaje personalmente cuando subía la noche sobre la cubierta, diciendo: "Amigos y Amigas, lectores, burócratas, Sepultureros, cabecitas, y demás Manos Ociosas Empadronadas en la dirección del *Kilimanjaro Slide*: ya conocéis nuestro nuevo objetivo. Pero ahora os reúno para daros el rumbo, pionero a navegantes de tierra, que nos obligará a introducir el *as* en aguas profundas para atravesar el Océano Atlántico...".

Entonces la tripulación entró en pánico terrible durante tres segundos (en ese tiempo Gabriotto, el Intendente de Densidad, saltó fuera borda y no se le volvió a ver jamás) hasta que el Capitán disparó su revolver al aire para reclamar la atención. "Os ruego un poco de calma, pues tendrá que ser así para hacernos con el botín… Porque aunque hayáis oído historias de *ases* hundidos y tripulaciones valientes sepultadas por el mar, nuestra nave es incapaz de mojarse siquiera un poco. Así que no debéis temer éste momento, incluso llegaréis a anhelar seguir partiendo el agua sobre nuestras cabezas, arrastrando los hilos entre lo intrafino que tiene el fondo del mar (bajo lluvia de peces de color)."

Entonces Lope de Codos (el Contramaestre), se hizo oír desde un lado del timón "¿Cómo es posible Capitán? usted sabe tan bien como yo que con lo que tenemos, el agua nos aplastaría a 63 codos de profundidad." "Será gracias al Freshkygel, Lope, que llevamos una semana untando por el casco. Una nueva versión del Gel de siempre, que nos permite fondear un gran cráter de aire bajo el mar, que se abre hasta la superficie a nuestro paso... Amigos y Amigas, llegaremos a las costas dentro de algunas semanas y podréis ver lo que os digo con vuestros propios ojos, pero ahora..." El Capitán Ouxpo se giró hacia ti, desenfundando su machete de la pernera. Toda la tripulación te mira. "Esto es lo que hay..." dice Mariola, "Somos piratas y tenemos que desvalijarte..." Tú te asustaste (pero aquí amamos a los cobardes, como Ubú y como tú y yo) y nos enviaste una foto divertida a:

arcodetito@gmail.com .

Carlos M. Ávila



Universidad de Oviedo

DEL LIBRO DE LOS AZOTADOS II

A veces hay que callar
callar solemne
cuando el dolor es un luto que marea
y la imagen de lo horrible toma su lugar
entre nosotros
tirana del auxilio
y se asienta, gozándose su náusea
revolcándose en el balbuceo constante
en el intenso descender hasta la ruina
sobre el paso uniforme del olvido
tragándoselo todo
tan solo escupiendo con hartura
apenas los huesos canos
en una sillita de esparto, en el jardín
o bajo una manta abigarrada
de cuidadoso punto.

Entonces vale más callar
guardar silencio ante la broma
y marchar serenos, medio libres
de la insignificante instancia de terror
que nos ocupa
para traer, por mil cocinas,
un café soluble y cigarrillos
esperando que la poca mecha
que nos entretiene
rompa a saltar de sorpresa.

Entonces lo veréis
-Santa Justicia-
cómo muriendo va
pero cantando viene.

G. Debreda

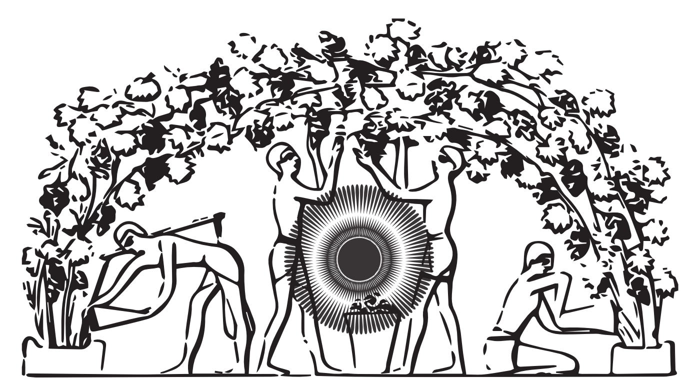
EL OBSERVADOR

Desde lo alto, inmóvil, observaba cómo la escena nocturna se iba dibujando. En una esquina de aquella plaza, sentado sobre unos escalones de piedra, unos ojos inyectados en sangre luchaban por abrirse paso entre los párpados pesados. No conseguían fijar su mirada en nada más allá que una gran nube borrosa, y la situación no mejoraba cuando las pestañas se cruzaban entre el ojo y la imagen, creando la sensación de estar siendo atrapado por unas pequeñas ramas de color negro. El silencio reinaba en aquel lugar, únicamente dejando espacio para el cantar de algún que otro pájaro madrugador y para el ruido procedente de la respiración que emitía el dueño de esos ojos inyectados en sangre. A su alrededor solo quedaban los restos de los excesos de la noche anterior y un olor en el ambiente a elixir que emborrachaba solo con respirarlo. El dueño de los ojos se sentía empequeñecer en aquella esquina, al tiempo que los pensamientos que llevaba toda la noche refrenando en su cabeza se agolpaban ahora para torturarlo hasta la saciedad y recordarle que no hay brebaje capaz de hacer que aquellos problemas desapareciesen. Abrumado por ellos, el loco intentaba luchar por salir de aquella situación angustiosa que encendía su cuerpo. Apoyándose en la pared del edificio donde estaban los escalones de piedra, comenzó a levantarse y buscó la estabilidad en su cuerpo, pero segundos después del intento, su tronco se encontró con la esquina de uno de los peldaños y se precipitó sobre el resto hasta acabar en el suelo. Con la cara en el asfalto maldijo a la suerte que le había conducido a aquella situación y separándose poco a poco del suelo se quedó primero de rodillas y desde esa posición logró levantarse. Se sacudió la ropa y

dando tumbos de un lado a otro de la plaza dejó que su melena se alborotase cayendo parte sobre su cara, fijó la mirada en el suelo mientras caminaba y abandonó la plaza con un sonoro suspiro.

Yo, que desde lo alto, observaba inmóvil la escena nocturna, no lograba comprender cómo aquel ser que horas antes había estado en aquel lugar con un aire de frescura y sus condiciones físicas y psicológicas intactas, se iba ahora de allí rodeado por una atmósfera de pesadumbre y desconsuelo. No era la primera criatura que veía en aquellas circunstancias, pero sí me sorprendía el cambio de fortuna por el que había pasado en tan solo una noche a causa de ese elixir que embriagaba el ambiente. Había vomitado todos los demonios que su alma podía albergar, y aún así seguía sin sentirse libre, encadenado al sentimiento devastador del hombre, las pasiones. Como un espécimen errante que vagaba por el mundo, se me antojaba indefenso y perdido, ante una realidad que le ofrecía continuas pruebas que desembocaban en un sufrimiento sentimental que arrasaban consigo. De todos modos, volveríamos a cruzarnos en cualquier otro momento pues, aquellas personas suelen cometer los mismo errores en los mismos lugares, ofreciéndome distintos panoramas en cada ocasión, y yo, inmóvil desde lo alto, las observaré, intrigada y encendida, ofreciéndoles la luz que una humilde farola puede darle a sus historias.

Alba P.Ovies





DEGLI EROICI FURORI

Giordano Bruno fu arso vivo a Roma in Campo de' fiori il 17 Febbraio del 1600, condannato a morte dalla divina Chiesa romana a causa delle sue idee un po' troppo rivoluzionarie. Il germe della conoscenza si fece così vivo e presente in lui al punto da fagocitare ed inghiottire qualsiasi prospettiva di salvezza, dimostrando che si può essere uomo di fede senza allo stesso tempo chiudere la mente dinanzi all'universo e alle sue meraviglie, in una battaglia eroica che prende forma dall'interno, provocando irrequietezza nell'animo infinito e ritrovando la medesima ancestrale peregrinazione nell'essere delle cose finite. In un epoca che si apprestava a scoprire la fermezza pensante e pedante del *cogito* cartesiano ritroviamo qui una delle più sublimi dimostrazioni di speculazione filosofica, di tensione verso la natura ingannevolmente finita e separata ma realmente legata in un tutt'uno eterno con lo spirito che la alimenta. Spirito d'amore che è spirito di conoscenza con il quale l'uomo si fa furioso poiché caratterizzato da un inappagabile amore per il sapere, infinito anch'esso, come l'universo, come il divino, e oltre che irraggiungibile non può che attrarre infinitamente, lasciando insoddisfatto il furioso in ogni sua conoscenza parziale. Ciò che distingue il furioso dal spiente è l'amore, l'anelito incessante con il quale non vuole solo sapere, ma vuole farsi, *incarnarsi* in esso. Null'altro che in ciò consiste il destino dell'uomo, di essere divorato, dilaniato dai propri pensieri, dalla propria sete di conoscenza, ed è in questo che risiede l'*EROICO FURORE*, nel ritrovarsi in unità col tutto, come essere razionale, come foglia, come fiume, come sole, come cenere : *"Poiché mi splend'al cor sí bella fiamma, / E mi stringe il voler sí bel legame, / Sia serva l'ombra, ed arda il cener mio.*

Michi Faber

EPOPEYA SIN ELENCO

Dónde está el héroe.

Una sed implacable recorre el ánimo de quien se ha sumido en la ley externa, negándose a sí mismo sus propias apetencias. Y en este mundo, monótono, gris, y desarraigado, solo queda por imaginar historias de fantasía. Pero en esa fantasía hay héroes.

Dejando de lado lo que algún villano urde para ellos, desafían lo establecido. Al principio, parecen locos, con ideas de loco y actos de locura. Pero esa demencia parece contagiosa, y al final las buenas gentes salen de las cavernas a aplaudirle cuando ya acabado su gesta. Si es que llega a acabarla.

Quizá ya no sean necesarios. Quizá ya vivamos en el mundo tras la gesta, y la sed sea solo polvo en la garganta de aquel desenterado que sigue ansioso por bramar.

O quizá hayamos querido exterminarlos. Un inquebrantable aparataje de poder, nacido de los desvaríos de algún siervo cobarde y perenne control de las convulsiones de nuestro ser, ha logrado que desguacemos a todo aspirante a ello.

Impía divinidad y maestra de los usurpadores, una razón herética nos ha arrebatado la inocencia dándonos un cínico recelo y un afilado sarcasmo. Y ahora somos escuderos del villano que no supimos derrotar.

Que dónde está el héroe, me preguntas. No tenemos ningún héroe. Falta por ver si tú serás quien reclame su lugar. Y si tendrás el valor de enfrentarte a quienes te neguemos.



T. de Beaumont


C. M. A.
COLLAGE DEL CUENTO CHINO O EL COCHE DE TUS SUEÑOS

EL PRIMER AMOR

El secreto

definitivo

—creo que por todos conocido—

es que las lentejas

saben mejor al día siguiente.

Así que,

en mi casa,

se hacen por la tarde

pero se comen al día siguiente.

G. Apler.

PARA PARTICIPAR
PONGASE EN CONTACTO CON EL POBRECITO HABLADOR EN:

elhabladorast@gmail.com

PARA PARTICIPAR
PONGASE EN CONTACTO CON EL POBRECITO HABLADOR EN:

(SIN TÍTULO)

Al igual que todos esos murmullos que versan, en el tránsito, sobre la última furia de Iglesias, el último desliz pasota por parte de Rajoy, me siento comprometido con mi contextualidad política. Para mí, hacer un diagnóstico es insuficiente. Mi voz necesita manchar y romper, gritar sobre el diagnóstico. Sin embargo, entre los muchos que consideran la discusión sobre política el tema de conversación ‘’elevado’’ por excelencia, y los otros tantos (generalmente, más cultos que los primeros) que lo consideran la discusión trivial por excelencia, me han condenado a gritar en el silencio. No me gusta hablar de política con la gente. La razón es evitar en la medida de lo posible las repeticiones, y en lo que concierne a mi experiencia, la discusión política es el tema de la repetición por antonomasia. Mi interlocutor varía de cara, de ropa y de lado, pero nunca en el fundamento de su discurso. La razón, supongo, es que este fundamento está ocupado no por los hechos, sino por la versión, más o menos homogénea, de los medios de comunicación, que en nuestra boca se convierte en un discurso de segundo grado, en opiniones de opiniones, del cual extraemos los tópicos inamovibles que se instalan en el imaginario público. El discurso mediático avanza según los hechos, pero los tópicos o bien no lo hacen, o bien lo hacen a paso de tortuga, siendo nuestra opinión un arrojar los tópicos

que más nos convengan sobre los relativos nuevos hechos, proporcionados por los medios. ¿El resultado? Una conversación desdibujada y circular, aplastada por los megalíticos tópicos que ya escogiste antes de ayer, que ya te jugaron hace un año, que ya has leído durante eones en Twitter.

Para repetir siempre lo mismo ya estoy yo, agazapado en la máscara tras la máscara, esperando a que mi buen interlocutor termine de arreglar el mundo. Lo sé, digo que odio la repetición, sin embargo soy indulgente conmigo, justamente conmigo, cuya repetición rebasa cualquier discusión, tema o tópico que pueda caer sobre mí. Incluso hoy el salvajismo y el absurdo, que en otros tiempos fueron para mí como agua en el desierto, último y genial grito de autoafirmación, han quedado apresados bajo las cadenas de la equivalencia. Hoy mi grito ni llega ni rompe ni mancha, reverbera en mi habitación por infinito tiempo, infinitas veces. Tal vez lo único genuino que queda por hacer aquí sea saltar de un sexto piso. O tal vez también sea inevitablemente idéntico.

Bobok Voyd

